

A black and white photograph of a man from the chest up, wearing a dark suit, white shirt, and a patterned tie. His face is completely obscured by large, bold text. The background is plain white.

JOHN
le CARRÉ
UN HOMBRE
DECENTE

JOHN LE CARRÉ

UN HOMBRE DECENTE

Traducción de Benito Gómez Ibáñez

Título original: *Agent Running in the Field*

© David Cornwell, 2019

© por la traducción, Benito Gómez Ibáñez, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: octubre de 2019

ISBN: 978-84-08-21514-1

Depósito legal: B. 17.869-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: EGEDSA

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Nuestro encuentro no estaba planeado. Ni por mí, ni por Ed ni por ninguno de los que presuntamente le tiraban de los hilos. Yo no estaba en el punto de mira. Ed tampoco. No éramos objeto de vigilancia, ni encubierta ni directa. Me lanzó un desafío deportivo. Lo acepté. Jugamos. No hubo premeditación, connivencia ni complicidad. Hay en mi vida acontecimientos —pocos en los últimos tiempos, cierto es— que sólo admiten una versión. Nuestra reunión es uno de ellos. Mi relato de los hechos no ha variado un ápice en todas las ocasiones en que me han obligado a repetirlo.

Es un sábado por la tarde. Estoy sentado en el Athleticus Club de Battersea, del que soy secretario honorario —título que en buena parte no significa nada—, en una hamaca tapizada junto a la piscina cubierta. El salón social es cavernoso, de altas vigas, parte de una fábrica de cerveza reconvertida, con piscina a un extremo y bar al otro, más un pasaje entre medias que conduce a las duchas y los vestuarios de hombres y mujeres.

De cara a la piscina, estoy en ángulo oblicuo con el bar. Más allá está la entrada al salón, luego el vestíbulo y des-

pués el portal a la calle. De modo que no me encuentro en posición de ver quién entra en el salón o quién merodea por el vestíbulo reservando pistas o añadiendo su nombre a la liguilla del club. En el bar hay mucha actividad. Chicas jóvenes y sus pretendientes beben y charlan.

Llevo mi equipo de bádminton: pantalones cortos, sudadera y zapatillas nuevas con tobillera. Me las compré para repeler un insistente dolor en el tobillo izquierdo producido un mes antes en una marcha por los bosques de Estonia. Después de prolongadas y consecutivas estancias en el extranjero, estoy disfrutando de una bien merecida temporada de vacaciones en casa. Una nube se cierne sobre mi vida profesional y estoy haciendo lo posible por no prestarle atención. Puede que el lunes me despidan. Bueno, pues qué se le va a hacer, me repito a mí mismo. Acabo de cumplir cuarenta y siete años, he tenido buena racha y estaba avisado desde el principio, así que no puedo quejarme.

Y por eso consuela aún más el hecho de que, a pesar del conflictivo tobillo y del paso de los años, todavía me defiende y continúo siendo el campeón del club, porque el sábado pasado mismamente logré el título de individuales contra un rival de talento y más joven. El campeonato de individuales suele considerarse competencia exclusiva de veinteañeros de ágiles pies, pero hasta ahora me voy manteniendo. Hoy, siguiendo la tradición del club como campeón recién coronado, me he reivindicado en un partido amistoso contra el campeón de nuestro club rival de Chelsea, al otro lado del río. Y aquí está, sentado a mi lado ahora, en la relajación posterior a la contienda, cerveza en mano,

joven deportista indio y abogado en ciernes. Me vi en apuros hasta los últimos puntos, cuando la experiencia y una pizca de suerte volvieron las tornas en mi favor. Esos simples hechos quizá expliquen en cierto modo mi benévola disposición en el momento en que Ed me lanzó el desafío, y la sensación, por provisional que fuera, de que había vida después del cese.

Mi vencido contrincante y yo estamos charlando con tranquilidad. La conversación, lo recuerdo como si fuera ayer, gira en torno a nuestros padres. Los dos, según resultó, habían sido entusiastas jugadores de bádminton. El suyo había quedado en segundo lugar en el campeonato de la India. El mío, campeón del ejército británico en Singapur durante una idílica temporada. Mientras comparamos notas de tan entretenida manera, veo que Alice, la caribena secretaria del club, se vuelve hacia mí en compañía de un joven de considerable estatura y rasgos aún poco definidos. Alice es antojadiza y corpulenta, de unos sesenta años, y siempre anda un tanto falta de energía. Somos dos de los miembros más antiguos del club, yo como jugador, ella como pilar de la organización. En cualquier parte del mundo en que estuviera destinado, nunca dejábamos de enviarnos felicitaciones de Navidad. Las mías eran atrevidas; la suyas, de precepto. Cuando digo que se vuelve hacia mí me refiero a que, como venían por detrás con Alice abriendo la marcha, primero tenían que adelantarme y luego volverse, cosa que hicieron al unísono.

—*Sir* Nat, señor —anuncia Alice con aire de gran ceremonia. Para ella suelo ser lord Nat, pero esta tarde soy un caballero corriente y normal—. Este joven tan guapo y

educado necesita hablar con usted *muy* en privado. Pero no desea *molestarlo* en su momento de gloria. Se llama Ed. Ed, saluda a Nat.

Durante un largo momento Ed permanece en mi memoria sin moverse, unos pasos detrás de ella, un joven de casi uno noventa, desgarrado, con gafas, media sonrisa nerviosa y cierto aire de soledad en torno a su persona. Recuerdo que dos fuentes de luz opuestas convergían sobre él: la anaranjada fluorescente del bar, que lo encuadraba en un etéreo resplandor, y a su espalda las del interior de la piscina, que atribuían exageradas proporciones a su silueta.

Se adelanta y cobra realidad. Dos pasos largos, desganados: pie izquierdo, pie derecho, alto. Alice se marcha deprisa. Espero a que él diga algo. Lo miro con una sonrisa paciente. Más de uno noventa, nariz ganchuda, pelo oscuro y revuelto, grandes ojos castaños, diligentes, con cierta condición etérea conferida por las gafas y la clase de pantalones cortos hasta la rodilla, blancos, que suelen llevar los aficionados a la vela o los hijos de los bostonianos ricos. Edad, en torno a los veinticinco, pero con sus rasgos de eterno estudiante bien podía tener unos cuantos más, o menos.

—¿Señor? —pregunta al fin, pero no con mucho respeto.

—Nat, si no te importa —le corrijo con otra sonrisa. Lo piensa. Lo digiere mentalmente. Arruga la encorvada nariz.

—Bueno, yo soy Ed —dice, sin que se lo pregunte, repitiendo la información de Alice para mi provecho. En la Inglaterra a la que acabo de volver, nadie tiene apellido.

—Pues, hola, *Ed* —contesto con desenfado—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Otra pausa mientras lo piensa. Luego suelta con brusquedad:

—Quiero jugar contigo, ¿vale? El problema es que acabo de hacerme socio del club. La semana pasada. Sí. He puesto mi nombre en la lista y todo eso, pero hasta que me toque el turno pasarán *meses*.

Da la impresión de que las palabras se liberan de pronto de su confinamiento. Luego una pausa mientras nos observa alternativamente, primero a mi afable contrincante, luego otra vez a mí.

—*Mira* —prosigue, como razonando conmigo, aunque no le he puesto objeciones—. No conozco el protocolo del club, ¿vale? —Alza la voz, indignado—. No es culpa mía. Sólo he preguntado a Alice. Y me ha dicho: «Pregúntaselo tú, no te va a morder». Así que te lo pregunto. —Y por si fueran necesarias más aclaraciones, añade—: Es que te he visto jugar, ¿vale? Y he ganado a un par de individuos a los que tú habías vencido. Estoy seguro de que habrá partido contigo. Uno bueno. Sí. *Bastante* bueno en realidad.

¿Y en cuanto a la voz misma, de la cual poseo ahora una buena muestra? En el mejor de los casos, no se me da bien el consagrado juego de salón británico de situar a nuestros compatriotas en la escala social en virtud de su dicción, ya que he pasado gran parte de mi vida en el extranjero. Pero al oído de mi hija Stephanie, igualitaria declarada, la dicción de Ed pasaría como *bastante buena*, lo que a mi modo de ver significa que no hay indicios directos de educación privada.

—¿Puedo preguntarte dónde juegas, Ed?

—En todas partes. En cualquier sitio en que encuentre un buen contrincante. Eso. —Y como si se le acabara de ocurrir—: Entonces me enteré de que eras socio de este sitio. En algunos clubs puedes jugar pagando. En éste, no. Aquí, primero tienes que hacerte socio. Es un timo, en mi opinión. Cuesta un riñón, joder, pero lo hice.

—Pues siento que hayas tenido que aflojar la mosca, Ed. Pero si quieres jugar un partido, por mí vale —le contesto, lo más cordialmente que puedo, atribuyendo el «joder» al nerviosismo; y, observando que en el bar languidece la conversación y la gente empieza a volver la cabeza, añadido—: Fijemos hora para algún día. Será un placer.

Pero eso no conviene a Ed en absoluto.

—Bueno, entonces ¿cuándo calculas que te vendría bien? Pero en serio. Nada de *algún día* —insiste, ganándose unas risitas procedentes del bar, cosa que, a juzgar por la mala cara que pone, le molesta.

—Bueno, Ed, no podrá ser hasta dentro de un par de semanas —respondo con toda sinceridad—. Tengo un asunto bastante importante que atender. Unas vacaciones familiares retrasadas desde hace mucho, en realidad —añado, esperando una sonrisa y recibiendo una mirada inexpresiva.

—¿Cuándo estarías de vuelta, entonces?

—Este sábado, no, el otro. Si no nos hemos roto nada. Vamos a esquiar.

—¿Dónde?

—En Francia. Cerca de Megève. ¿Tú esquías?

—He esquiado. En Baviera. Cerca de Garmish. ¿Qué te parece al otro domingo?

—Me temo que tendrá que ser en día laborable, Ed —contesto con firmeza, porque los fines de semana en familia, ahora que Prue y yo podemos pasarlos juntos, son sacrosantos y hoy es una rara excepción.

—Así que un día laborable a partir del lunes en quince días, ¿no? ¿Cuál? Elige tú. El que quieras. A mí me da igual.

—Puede que me venga mejor un *lunes*, Ed —sugiero, porque los lunes por la tarde es cuando Prue se dedica a sus prestaciones voluntarias en derecho sanitario.

—El lunes dentro de dos semanas, entonces. ¿A las seis? ¿Las siete? ¿Cuándo?

—Bueno, dime cuándo te viene mejor *a ti* —sugiero—. Mis planes están aún un poco en el aire.

Y es que es probable que esté en la calle para entonces.

—A veces me tienen un poco pillado los lunes —dice en un tono que parece de queja—. Pongamos las ocho. ¿Te viene bien a las ocho?

—A las ocho me viene perfectamente.

—¿La pista número uno te parece bien si puedo conseguirla? Alice dice que no les gusta reservar pista para individuales, pero tú eres diferente.

—Cualquiera me parece bien, Ed —le aseguro, lo que provoca en el bar más risas y algunos aplausos, supongo que por su tesón.

Intercambiamos números de teléfono móvil, siempre un pequeño dilema. Le doy el de la familia y le sugiero que me envíe un mensaje si hay algún problema. Él me hace la misma petición.

—Y oye, Nat —dice con una suavización repentina de la sobrecargada voz.

—¿Qué?

—Que te lo pases de maravilla en las vacaciones con la familia, ¿vale? —Y por si se me ha olvidado, añade—: El lunes dentro de dos semanas, entonces. Ocho de la tarde. Aquí.

Ahora todo el mundo está riendo o aplaudiendo mientras Ed, con un despreocupado y lánguido movimiento del brazo derecho, se despide y se dirige a paso largo al vestuario de caballeros.

—¿Lo conoce alguien? —pregunto, descubriendo que me he vuelto sin querer para observar su marcha.

Niegan con la cabeza. «Lo siento, tío.»

—¿Alguien lo ha visto jugar?

«Lo siento», otra vez.

Acompaño al vestíbulo a mi contrincante invitado y al volver hacia el vestuario asomo la cabeza por la puerta de la oficina. Alice está inclinada sobre el ordenador.

—¿Ed qué más? —le pregunto.

—Shannon —entona ella sin levantar la cabeza—. Edward Stanley. Socio de número. Pago por domiciliación bancaria, club urbano.

—¿Profesión?

—El señor Shannon es *investigador* de profesión. A *quién* investiga, no lo ha dicho. *Qué* investiga, no lo ha dicho.

—¿Dirección?

—Hoxton, en el municipio de Hackney. El mismo donde viven mis dos hermanas y mi prima Amy.

—¿Edad?

—El señor Shannon *no* tiene derecho a ser socio junior.

No ha dicho a qué otra cosa no tiene derecho. Lo único que sé es que ese chico te tiene ganas: atraviesa todo Londres en bicicleta sólo para desafiar al Campeón del Sur. Ha oído hablar de ti y ha venido a machacarte, lo mismo que David a Goliat.

—¿Te ha *dicho* eso?

—Lo que no ha dicho lo he adivinado yo solita. Llevas siendo campeón de individuales demasiado tiempo para tu edad, Nat, lo mismo que Goliat. ¿Quieres saber quiénes son su mamá y su papá? ¿A cuánto asciende su hipoteca? ¿Cuánto tiempo ha pasado en la trena?

—Buenas noches, Alice. Y gracias.

—Yo también te deseo buenas noches, Nat. Y dale muchos recuerdos a tu Prue de mi parte. Y no te sientas inseguro por ese joven, Nat. Lo derrotarás, lo mismo que haces con todos esos mocosos.